

Sufrimiento mental: depredador de la felicidad humana

Juan Alberto Etcheverry

ISBN 978-987-02-3036-6. Buenos Aires, 2008. 88 páginas.

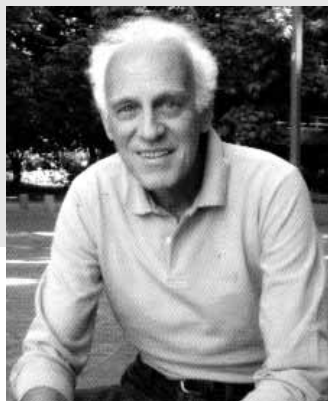
En un ensayo de casi noventa páginas, el Dr. Juan Alberto Etcheverry describe las configuraciones por las que el sufrimiento mental construye un entramado deletéreo para el anhelo de la felicidad humana.

La afirmación más contundente del autor es que el ser humano ha sido puesto en este mundo para ser feliz. La cooperación entre "los derechos del corazón y la razón cordial" son los aspectos que hacen anclaje en las dos únicas certezas que acompañan nuestra identidad: nuestro nacimiento y nuestra muerte. Cuál es el modo en que está planteada la arquitectura del ensayo que nos ofrece Etcheverry?

Adentrados en la lectura comprendemos que la felicidad humana es una dimensión interpersonal. Que va más allá de las circunstancias íntimas de cada biografía y que responde a una Intencionalidad Creadora. Para sostener estas afirmaciones, todo el montaje argumentativo se engarza, en la tesis por la cual el sufrimiento mental es entendido como el resultado de una construcción social.

Este punto de vista, expuesto con ejemplos claros en cada uno de los tópicos que aborda el prestigioso médico psiquiatra confiere una singularidad sugerente al abordaje de las afecciones psíquicas. La violencia, la drogadicción, la niñez en situación de calle, la desnutrición, o por caso, las postergaciones y la indefensión de género, aparecen como correlatos necesarios de patologías de ansiedad, depresión, o trastornos adaptativos. En este escenario aparece la condición humana desvalida y en todo su callado aislamiento.

De qué modo es posible -cuando el Estado no protege con recursos necesarios la salud del ciudadano- paliar este sufrimiento? Un ejemplo elocuente aparece en el pormenorizado capítulo en el que se analizan las relaciones entre la locura y el orden jurídico. Allí donde el Estado no asume su "condición sobreentendida de obra social" la capacidad continente familiar del enfermo mental, nada puede hacer salvo apelar al Poder Judicial buscando ayuda. Pero, las respuestas no serán benéficas para remediar una problemática que quedará archivada como "caso" en uno de estos tres andariveles: la judicialización, la psiquiatrización o la criminalización, con el



Dr. Juan Alberto Etcheverry
etchejal@yahoo.com.ar

consecuente deslizamiento "de la vulnerabilidad a la peligrosidad" para finalmente estigmatizar a la persona.

Imbuido por pensamientos existencialistas y cristianos, el autor, rescata las posturas de V. Frankl, de Theillard de Chardin o más cercano a nosotros de pensadores como Savater, para recontextualizarlas a las particulares condiciones de nuestra sociedad cotidiana. Cuáles son entonces los antidotos?

En la "Capacidad Resistente Individual", Etcheverry describe la resiliencia, el empeño para buscar el sentido de la vida, y el desarrollo de aptitudes como la autoestima, la autoayuda o la autotranscendencia como prácticas de una voluntad de ser, una voluntad de afirmación, de justicia y de compromiso. Estas condiciones se juegan además en el espacio público, a la vez político y social. Y es en ese lugar común a todos, donde se genera una "Capacidad Resistente Comunitaria".

Si para San Agustín el mal no era sino error -desconocimiento del Bien-, para Etcheverry el dolor emocional, es frustración existencial.

Por ello el autor se detiene en el último tramo de su narración a considerar de qué modo puede articularse la "sanación del espíritu de nuestra época", tarea no exenta de una revolución introspectiva en cada uno de nosotros.

A la luz de los conocimientos que depararon los estudios del genoma humano que permiten inferir la continuidad de nuevos procesos de socialización y de evolución, y a la luz de la concepción de la naturaleza que postula la física cuántica, según la cual se demuestra que la materia es energía concentrada y estabilizada que puede volverse a transformar en energía, el autor propone una salida esperanzada, a través de la capacidad de amor que aún en las más difíciles de las encerronas anima al "resto sano de toda personalidad". El desarrollo final de este ensayo transita sobre la consideración del amor como energía que permite la mutación cuántica, tal que esa energía amorosa, llega a la intimidad del cerebro, lugar donde se producen los impulsos psíquicos capaces de producir nuevas posibilidades de pensamiento y con ello, otra dimensión de la cura.